



J U E G O S B A N C A R I O S • 2 0 2 3

Balam

Autor: Gabriela Enciso Alonso



C U E N T O



Es una calurosa noche de agosto. La luna brilla con intensidad en el cielo estrellado, iluminando mi camino. Suspiro agotada y obligo a mi mente a mantener la cordura, levanto mi mano hasta agarrar el collar de jade en mi cuello y recuerdo el día en el que mi papá nos lo obsequió a cada uno: la abuela, descendiente de una gran línea de curanderos mayas, nos instruyó en la importancia de la piedra verde en el flujo espiritual. Mis hermanos y yo lo usábamos como un “cofre” de energía. “En un buen día, deja que toda tu alegría fluya hacia el jade, así cuando lo requieras podrás sacar fuerza de aquí”, solía decirme mi hermano mayor; desafortunadamente la energía guardada no fue suficiente cuando él se fue. El proceso de su enfermedad consumió todo a su paso, cuando murió ya no había nada que rescatar ahí. Hace cuatro años de eso y el jade sigue tan vacío como entonces. Mi felicidad ya no alcanza para volver a cargarlo de energía.

En un intento por reencontrarme, decidí unirme a un pequeño grupo para visitar una zona arqueológica poco conocida incluso para mi familia, que aún vive en esa zona. Para llegar cruzamos una buena parte de selva. Mientras recorría el improvisado sendero vislumbré un camino que se perdía en la maleza y sentí la necesidad de ir por ahí. Al inicio sólo quise caminar unos cuantos pasos, pero conforme avanzaba, perdí la noción hasta que cuando volteé atrás fui incapaz de reconocer el camino de vuelta. El celular se quedó sin batería hace un par de horas, así que miro el viejo reloj de manecillas en mi mano izquierda: las 09:23 pm, llevo más de 7 horas perdida.

Me siento en un enorme tronco que despega en diagonal desde el suelo, pero un crujido entre las ramas a mi espalda hace que me incorpore de golpe y volteo en dirección al sonido. Afino la mirada tratando de ver en medio de la oscuridad hasta que distingo dos puntos brillantes, un par de ojos. Ahogo un grito cuando la luz de la luna ilumina su dorado pelaje, un enorme jaguar baja lentamente desde las ramas del árbol en el que estaba sentada. Por reflejo levanto los brazos mostrándole mis palmas vacías, él sólo me mira desde el tronco. Veo mis manos temblar, mis piernas se sienten calientes esperando la orden de huir, pero mi cerebro se paraliza con pánico; pienso que no seré capaz de huir con vida. Tras unos segundos eternos atino a bajar la cabeza tratando de parecer pequeña.

“Hola. Soy Zyanya”, le susurro con voz trémula. “Vine a conocer tu hogar y me he perdido, perdón si te molesté.” Ante el silencio, levanto la cabeza y lo veo examinarme, suelta un gruñido de advertencia y bajo nuevamente la mirada. “Sólo quiero regresar a casa, por favor no me hagas daño.” Hago una pausa. “Mis papás ya perdieron un hijo, no lo soportarán si pasa otra vez.” Las lágrimas cubren mis mejillas. Escucho cómo se lanza al suelo; lo sigo de reojo mientras camina a mi alrededor, lento e imponente, por el raballo del ojo algo capta mi atención y clavo mi mirada en el costado derecho de su cuerpo, hay una mancha irregular, muy diferente a las demás,

un símbolo. Mi corazón se detiene al reconocerlo: es el Akbal, el símbolo maya del inframundo. El jaguar vuelve a subir al tronco y me atrevo a mirar sus enormes ojos amarillos; me atrapan. Me siento adormilada, pero no puedo ni quiero dejar de verlos. Suelta un poderoso rugido que me hace gritar y siento cómo me separo de mi cuerpo y me adentro en su mirada.

Cuando la sensación de mareo pasa, giro buscando al felino, pero no lo encuentro. El suelo desigual hace que pierda el equilibrio y caiga sobre mi rodilla derecha, me levanto como un resorte y trato de ubicarme, estoy parada al borde de la laguna de un cenote. El agua cristalina brilla con la luz de la luna que se filtra por un enorme hueco, las formaciones rocosas colgando del techo parecen caerme encima y del otro lado del agua, una cueva se abre camino en medio de la oscuridad. ¿Cómo he llegado aquí? El silencio me abruma, sólo escucho mi propia respiración acelerada. El sonido de algo emergiendo del agua llama mi atención y suelto un pequeño grito, me agacho tratando de confundirme con las rocas en la oscuridad. Distingo una forma humana flotando boca arriba, mi corazón se detiene cuando lo reconozco. “¡Sukuun!” Me aviento al agua sin pensarlo y nado torpemente hasta llegar a él, lo tomo entre mis brazos. Sacudo el cuerpo de mi hermano mayor, pero no despierta. Me quedo incrédula a su lado, recorro su rostro con la mirada, es como si no hubieran pasado cuatro años desde que lo ví por última vez. “Sukuun...” susurro entre lágrimas. Tomo uno de sus brazos y trato de llevarlo a las rocas, pero no logro moverlo por más que lo intento, jadeo frustrada; aún trae su collar de jade y lo jaloneo de él tratando de llevarlo a la orilla. Suelto un grito que hace eco en las paredes y comienzo a golpear el agua alrededor, desesperada. No puedo dejarlo otra vez.

“Zyan”, escucho a mis espaldas, me detengo de golpe y giro lentamente. Él está ahí flotando erguido frente a mí, me regala una mirada dulce y una sonrisa apacible. “¿Cómo? ¿Qué está pasando?”, mi voz se entrecorta. Estiro mi brazo tembloroso hacia él, le quito un mechón de cabello que cae sobre su frente y acaricio su rostro muy lento. “Estás hecha un desastre, flaca”, me dice sonriendo pero estoy demasiado abrumada para devolverle el gesto. Él se pone serio y prosigue. “Sé que no ha sido fácil.” Niego con la cabeza. “Nada está bien, Sukuun.” Intento abrazarlo pero él me separa de su cuerpo antes de lograrlo. “¿Recuerdas lo que dijo la abuela cuando partió Tata?” “No sé de qué me hablas. ¿Estoy muerta?”, me inquieto. “Aún no. Piensa, Zyan. Necesito que recuerdes”, insiste. “No turbes su camino con la sal de tus lágrimas. Él está cerrando su círculo y nosotros aún recorriéndolo”. Sukuun sonrío mientras me toca la frente y después la nariz con un dedo. Un gesto que solía hacer para tranquilizarme y que sólo nosotros conocíamos. “Dicen que allá donde vamos nos espera una vida nueva”, señala la cueva a sus espaldas. “No sé si es verdad pero sí sé que quiero averiguarlo.”

El agua en la que flotamos comienza a vibrar y a sacudirse “¡Vamos!”, le grito



tratando de jalarlo a la orilla. El movimiento del agua es cada vez más violento y me cuesta mantenerme a flote. “¡Suéltame!”, grita. “¡Nada Sukuun!”, insisto. “¡Zyanya! ¡Suéltame!”. Lo miro fijo y me cuelgo a su cuello abrazándolo con toda mi fuerza. En ese momento el jade que cuelga de mi cuello hace contacto con el jade del suyo y se proyectan dentro de mí cabeza escenas de la vida de mi hermano, lo veo sonreír, veo a mi madre abrazarlo, lo veo llorar y bailar, veo su vida avanzar en cada imagen; nuestra conexión se fortaleció con el jade. Ahora soy espectadora de la escena que me rompió el alma. Veo mis movimientos y los de mi familia alrededor de esa cama de hospital. “Perdóname, flaco. Te prometí que ibas a estar bien y no lo pude cumplir”, es mi voz. Siento los brazos fuertes de mi hermano empujarme hacia la orilla, sacándome de sus recuerdos. Termino de nadar hasta las rocas y toso sacando el agua que entró a mis pulmones. La vibración se detiene lentamente y veo a Sukuun, aún en medio del agua, observando fijamente hacia la cueva que se ilumina tenuemente. Gira hacia mí. “Suéltame...”. En ese momento comprendo que no se refiere a ese instante en particular, me he aferrado tanto a su ausencia que no lo he dejado avanzar, turbé su camino con la sal de mis lágrimas. Abrazo mi cuerpo, deliberando conmigo misma hasta que asiento con la cabeza. “Buen viaje, hermano”. Flota hasta llegar a la otra orilla y comienza a adentrarse a la cueva. Las pequeñas luces revolotean a su alrededor iluminando su camino conforme avanza, gira una última vez hacia mí. “Ya he llegado, Zyan”. Me sonrío y sigue avanzando. Una luz intensa comienza a surgir desde el agua y me obliga a cerrar los ojos.

Despierto de golpe en la selva, tomo grandes bocanadas de aire mientras observo los rayos de sol que se filtran a través de los árboles. Siento unos brazos que sostienen mi torso. “Te tengo, tranquila”, me dice una voz conocida. “Ya te tengo”. “¿Abuela?”, afino la mirada y al reconocerla la abrazo desesperada. Trato de enderezarme pero un mareo lo impide. “Con calma”, me acaricia la cabeza. El crujido de una rama capta nuestra atención y veo una mancha amarilla alejándose rápidamente. Mi abuela observa con calma cómo se aleja el jaguar y vuelve su vista hacia mí. “Con calma”, repite. “Abuela, el jaguar, había un cenote”, empiezo a contar atropelladamente. “Y Sukuun!”. “Shh..” pone un dedo en mis labios. “No es necesario que me cuentes. ¿El nahual te ayudó a liberarte?” Asiento lentamente. “Entonces ha cumplido su misión”, afirma. “Vamos pequeña, tienes a todos muy preocupados”. Me ayuda a levantarme y comenzamos a caminar. Una duda comienza a formarse en mi mente. “Abuela, ¿cómo me encontraste?” la miro confundida. Ella se limita a sonreír mientras pone lentamente un dedo en mi frente y después en mi nariz, el gesto de mi hermano.

